

E-mail a una maestra

Alias: Statler & Waldorf

Enamorarse de Milani en estos tiempos requiere un poco de azar, otro tanto de militancia y una cierta dosis de oxímoron. Al menos, eso es lo que a nosotros dos, dos profesores del ámbito de la Tecnología Educativa, nos tiene enganchados, y cada vez más, al hechizo de la escuela de Barbiana y su *Lettera a una professoressa*. Un texto con ya más de medio siglo y cuyo auspiciador, Lorenzo Milani, nos sigue resultando una provocadora inspiración.

Este mes de mayo de 2023 celebramos el centenario del nacimiento en Florencia de Milani, y como las fechas siempre tienen algo magnético, no podemos resistirnos a la tentación de aprovechar la ocasión para reivindicar su legado y llevarlo a nuestros días, con todas sus consecuencias. Quizá nos obligue a ello la propia conciencia de que, como pedagogos de nuestro momento y nuestro lugar, a Milani hemos llegado por azar. De no haber sido por un maestro nuestro con mayúsculas, Barbiana no se hubiera cruzado en nuestro camino; y ahora no conoceríamos a ese cura díscolo que, después de un tiempo vinculado a una escuela popular, fue depurado a una remota parroquia rural por demasiado radical con su prédica y, sobre todo, demasiado amigo de los marginados. Y no conoceríamos, ni por la apasionada boca de nuestro maestro ni por la reconstrucción del contexto que vio nacer la *Lettera*, que el destierro dio a Milani la oportunidad de reconvertir parte de la casa parroquial en escuela para los jóvenes de un territorio tan pobre como marginado de la Italia moderna y poderosa, que no tenían ni siquiera la oportunidad de asistir a la lejana escuela que les correspondería. Para ellos, Milani creó una oportunidad de vida, bajo la forma de una institución educativa libre, flexible, moderna y muy contraria al escolasticismo tradicional italiano (que parecía querer solo consagrar el privilegio de las clases acomodadas).

Decíamos, con todo, que para seguir enamorado de la escuela de Barbiana hoy se requiere también un poco (o un mucho) de militancia. Porque ese texto maravilloso que es la *Lettera*, maduro en su ya más de medio siglo, espartano en la forma y profundísimo en el fondo, exige un compromiso claro con un modo de entender la educación profundamente alineado con la justicia social, con la lucha contra la desigualdad, y con la creencia de que el verdadero maestro acompaña procesos de empoderamiento liberadores. La escuela de Barbiana cristaliza en su texto canónico en mayo de 1967, un mes antes de la muerte de Milani; y se suele decir que tanto el texto como los valores fueron un referente privilegiado para el movimiento estudiantil italiano

de mayo del 68. Pero no hay duda de que leerlo tanto tiempo después acaba exigiendo compromiso y militancia.

Y, finalmente, catapulta al profesor de tecnología educativa a un oxímoron, con Milani, situado en la dicotomía clásica de la analógica lucha de clases de hace cincuenta años, contra nosotros, situados en la modernidad más acelerada y digital del desarrollo tecnológico tiránico que arrastra, también, los modos educativos de nuestro tiempo. La escuela de Barbiana y nosotros, pues, somos enamorados por azar, militantes por una educación liberadora y paradójicamente compañeros de viaje. Pero, ¿se puede uno dedicar a la tecnología educativa bajo la protección amorosa de Milani?

Bajo nuestro punto de vista no solo se puede, sino que se debe; y más aún en el contexto mediático, tecnológico y educativo actual, que requiere del legado pedagógico de Milani, incluso con cierta urgencia. Vayamos primero a lo general y tratemos de responder la pregunta inocente que cualquier futura maestra, en sus primeros días en la universidad, plantearía: ¿qué puede ofrecer, tantos años después, una reflexión pedagógica de otro contexto geográfico, social e histórico? A esa joven estudiante, y a sus compañeras y compañeros, les diríamos que su pedagogía es de sorprendente vigencia, tanto por la clarividencia de sus ejes (educación empoderadora, pedagogía activa, humanismo y cosmopolitismo regados de contexto y proyección locales, amor por la persona) como por su calado social (la educación como liberación, la justicia social, la mirada atenta a los vulnerables, la lucha de clase, etc.). Ahí están aún los grandes temas, no resueltos, sobre los cuales los *ragazzi* de don Milani interpelan a la *professoressa* a la que dirigen su carta de explicación, justificación, y protesta.

La pequeña y remota escuela de Barbiana, que debía haber supuesto el destierro (la neutralización política) de Lorenzo Milani por parte de la caverna episcopal florentina había ya levantado alguna ampolla y molestaba, de modo que la *Lettera* se vio naciendo como un poco todo eso: un explicar qué eran, un justificarse contra la crítica, un protestar por el sustrato que daba sentido a su nacimiento. En todo ello, encontramos debates educativos aún abiertos, que dan sentido a ese *l'care* ('me preocupo') que Milani propone como posicionamiento del docente, contra el *menefreghismo* ('qué me importa') fascista contra el que reacciona. Un *menefreghismo*, nos cuesta reconocer, que impregna toda la tradición escolar italiana (no solo la italiana, por desgracia) y sobre el que en gran medida los discípulos de Milani quieren hacer reflexionar a esa *professoressa* (la formadora de formadores, la profesora universitaria que forma a las maestras, las *insegnanti* o *docenti*).

La parte más provocadora de nuestra reflexión, con todo, es hasta cierto punto catapultar a Milani y su escuela de Barbiana a nuestros años, a este 2023 en que se cumple el centenario del nacimiento del florentino; y jugar a especular si el sacerdote de las botas de montaña (así quiso ser enterrado, con traje talar y *scarponi*) hubiera propuesto a sus estudiantes mandar a la *professoressa* una carta o, más acorde con los tiempos, un *e-mail* (diríamos *correo electrónico*, mejor, por evitar el neologismo; pero nos vemos obligados a jugar con parte de la provocación que, también en el lenguaje, introduce lo digital, a veces accesorio, a veces trascendente). En efecto, si bien su pedagogía es de sorprendente vigencia en los temas de calado (que quizá sean lo único realmente importante), entre los años en que Milani plantea su corpus pedagógico y la actualidad, se han experimentado profundos cambios en la ecología mediática, lo que sin duda aumenta el reto de proporcionar a los ciudadanos una educación que les ofrezca (¿garantice?) recursos y herramientas para ser capaces de navegar por un líquido entramado de la complejidad moderna de forma crítica y autónoma. Una complejidad moderna que, no nos engañemos, no es solo digital, pero es siempre digital, irreversiblemente digital.

Y es que los importantes avances tecnológicos —destacamos internet, como punta del iceberg— han generado un cambio de paradigma en la ecología mediática (esto es, cómo nos relacionamos con los medios que nos rodean, analógicos y digitales): se rompe con la idea tradicional de consumo unidireccional de los medios, donde solo se esperaba el consumo de los contenidos (libros, televisión, diario, radio, etc.) por parte de la ciudadanía (espectadora, lectora o estudiante); y se transita hacia una ecología multidireccional, en lo que se llama la cultura de la convergencia. En esta nueva cultura, por supuesto, la ciudadanía sigue consumiendo, pero adquiere el derecho a participar plenamente en la construcción del conocimiento. Dicho en otras palabras, quien antes era consumidor sigue pudiendo consumir, pero adquiere el derecho de ejercer como prosumidor, la posibilidad de producir sumada a la de consumir (ya no solo consumimos el contenido que producen la industria y las élites culturales, sino que ejercemos nuestro derecho a crearlo también, y a compartirlo en la red). A ello se añade que la información, anteriormente concentrada de forma enciclopédica, se encuentra fragmentada y esparcida por las redes y por los medios, por lo cual las personas debemos navegar a través de estos para recolectar pequeños fragmentos de dicha información; y, en una cierta medida, nos sentimos impelidos por el deber de compartir el conocimiento creado con eso que hemos ido encontrando aquí y allá. El monopolio de los vectores tradicionales de la cultura y del conocimiento está, por fortuna, herido de muerte.

Volviendo a Milani, aterrizándolo más de medio siglo después del esplendor de la escuela de Barbiana, debemos reconocer que todo ello supone un reto mayúsculo en la educación de los

ciudadanos, puesto requiere de facilitar una serie de nuevas competencias y alfabetismos, sumados a los ya existentes. Por todo ello, no podemos evitar plantearnos una doble pregunta. Por una parte, qué papel hubieran tenido la tecnología y la nueva ecología mediática en la pedagogía de don Milani y, por otra parte, qué nos sigue aportando el planteamiento pedagógico de Milani en un contexto substancialmente distinto.

El papel de la tecnología educativa y la nueva ecología mediática en su pedagogía

Respondiendo a la primera pregunta, aterrizar en el nuevo contexto mediático y tecnológico la pedagogía de Milani implica repensar cuáles son las claves educativas que la educación debe ofrecer la ciudadanía en un nuevo contexto. En ese sentido, en los ejes principales de la escuela de Barbiana, se plantea la palabra como la herramienta principal, pero también se apunta con tino a la adquisición de herramientas —competencias, alfabetismos— para que las personas que aprenden (esos *alumnos* que, atendiendo a la etimología de la palabra, son alimentados intelectualmente en el proceso de aprendizaje) puedan construir, no simplemente reproducir. Y todo ello presidido, en cierto modo, por el conocimiento de la actualidad reflejado en los medios como escenario de aprendizaje, en tanto que conecta al estudiante a los retos que hay que afrontar; y, finalmente, con un planteamiento firme por la educación a tiempo pleno (a los problemas y limitaciones de la escuela, más escuela y mejor escuela, nunca menos escuela).

En clave actual, estas herramientas, estos alfabetismos, estas competencias y el conocimiento de la actualidad están marcados por la nueva ecología mediática; y, por ello, consciente de la importancia de dotar de las herramientas necesarias a sus alumnos, junto con la priorización de las lenguas (propia y extranjera), nos gusta pensar que Milani hubiera incorporado los alfabetismos digitales y transmedia en su propuesta pedagógica. En el contexto de la cultura de la convergencia, donde nuevos y viejos medios colisionan (y se ven obligados a convivir), el ciudadano necesita unos alfabetismos digitales y transmedia para poder participar con plenitud en la sociedad, que es digital en todas sus dimensiones (aunque varíe el grado de esa naturaleza digital). Sin ir más lejos, la comprensión de la actualidad como se refleja en los medios (que también son digitales), requiere de dichos alfabetismos, y difícilmente se puede entender una educación relacional a tiempo pleno en su ausencia dentro del repertorio de habilidades del ciudadano. En los contextos informales y no formales se precisa de esas competencias de orden digital para poder consumir y participar críticamente de la nueva ecología mediática, y no garantizarlos en el sistema educativo aumenta las brechas (sociales, digitales, de género, interseccionales).

La realidad, con todo, es más compleja de lo que estas afirmaciones podrían sugerir, y nos encontramos con virajes de la escuela que, huyendo de la frecuente banalidad con que la tecnología impregna el sistema educativo, defienden un discurso claramente antitecnológico y entienden la vida escolar como un oasis analógico (como si la vida fuera del aula ya fuera suficientemente digital). Como consecuencia de ello, los alfabetismos del ámbito digital (en su visión más compleja y crítica, no en la parte más elementalmente técnica del manejo) a menudo son relegados fuera del contexto educativo: cunde la idea, siguiendo aquellos postulados ya caducos de Prensky y sus nativos digitales, de que estamos ante generaciones nacidas ya con la tecnología bajo el brazo, que no necesitan ser alfabetizados digitalmente (¡si se manejan con las tecnologías mejor que nosotros!, se dice). La realidad, sin embargo, no es esa, ni lo es de modo general en la parte de certeza que pueda tener. Y es ahí cuando llegamos a identificar las brechas de acceso, uso, y empoderamiento con las tecnologías digitales y su acceso en contextos informales y no formales. En otras palabras, incluso en caso de tener acceso a dichas tecnologías, ello no implica un uso crítico y responsable de las tecnologías, ni la adquisición de competencias digitales y transmedia. Mucho menos aún poderlas utilizar de modo eficaz para ejercer la ciudadanía (deberíamos añadir “en mayúsculas”).

Por ello, aunque en óptica de Milani la herramienta principal sigue siendo la palabra, se requieren las competencias digital y transmedia para transmitirla, para entender a todos, explicarse ante cualquiera, y participar plenamente en una sociedad profundamente digitalizada, donde el conocimiento se encuentra fragmentado por los medios y acceder a él implica la capacidad de saltar de un medio a otro en la búsqueda de dichos fragmentos. Y, del mismo modo que Milani propone escuela a tiempo pleno sobre todo para aquellos a quienes el contexto personal no ofrece ricas experiencias de aprendizaje informal, creemos que Milani ofrecería escuela digital a tiempo pleno para compensar, también, las brechas digitales de quienes más las sufren.

Contestando, pues, a la primera pregunta, nos atrevemos a aventurar que el papel de la nueva ecología mediática —profundamente digital— en la pedagogía de Barbiana hubiera sido central, puesto que Milani ya en su momento procuró dar respuesta a los retos socioeducativos de su tiempo, y dicho reto permanece en la esencia. Las formas bajo las cuales podemos proponer soluciones exigen trabajar en un relato mediático, social, y educativo muy parecido en la esencia, pero también muy distinto en los modos, que es lo que debe poder actualizarse. Y ello es así especialmente por la diferencia del reto institucional que se le pedía a la Escuela de Barbiana, y el reto que se le plantea a la escuela en la actualidad: por ello, deben adaptarse los alfabetismos y competencias que la institución escolar debe desarrollar.

El valor de Milani en la actualidad

En la actualidad la pedagogía de Milani nos sigue aportando. Punto. Lo afirmamos, convencidos, con esa rotundidad. Es cierto que hay un cambio muy significativo en el contexto tecnológico y mediático, pero el *qué* del planteamiento pedagógico de Milani permanece intacto. Permanece inalterablemente vigente la voluntad de formar ciudadanos críticos, capaces de navegar en su entorno mediático, social, y educativo. Y “solo” deben adaptarse los elementos del *cómo* (alfabetismos digitales, transmedia, incorporación de las tecnologías, etc.) para conseguir el *qué*. En definitiva, las bases pedagógicas que Lorenzo Milani planteaba son de increíble vigencia y resultan clave para incluso hoy ofrecer una educación significativa para la persona y para avanzar en la formación de ciudadanos críticos y empoderados para la sociedad, más allá de su origen o contexto, gracias a la educación.

Así pues, donde Milani dice que debemos facilitar herramientas para que puedan construir, añadiremos las digitales y transmedia; cuando habla de la palabra como la herramienta principal, extenderemos su uso mediante las redes y un rol activo del ciudadano en la construcción colectiva de aprendizaje; cuando propone conocer la actualidad mundial, pensaremos en el nuevo repertorio mediático a nuestra disposición, presidido por internet; y cuando exige una educación a tiempo pleno, nos acercaremos a ella ofreciendo las herramientas para que puedan prosumir críticamente dentro del entramado de la cultura de la convergencia, reventando los muros de la escuela desde dentro (centrifugando los procesos de aprendizaje, desde la escuela, non sin la escuela). Si no diéramos estos pasos al frente, que implican incorporar las posibilidades que ofrece la tecnología al proceso de enseñanza, estaríamos garantizando que las clases más vulnerables quedan excluidas de elementos clave para su pleno desarrollo como ciudadanos. Y eso, seguro, es muy distante de la visión barbiana.

Y por ello, según dos profesores del ámbito de la tecnología educativa, Milani sigue siendo una referencia de gran valor y transcendencia en la actualidad; y lo que aparentemente pudiera verse como un oxímoron, una escuela de Barbiana en clave digital, es la respuesta actual a una comprometida visión de cómo debe ser la educación. Una educación que persigue ofrecer a aquellos que tienen más dificultades la posibilidad de romper con los esquemas preestablecidos con el afán especial de empoderarlos.